



XXII

EPÍLOGO DE LOS AMORES DE RODOLFO
Y MIMÍ

I

Durante los primeros días de su ruptura definitiva con Mimi, que le había dejado, según el lector recordará, para pasearse en los coches del vizconde Pablo, el poeta Rodolfo trató de aturdirse buscando otra amante.

Era la rubia aquella, por la que se disfrazó de Romeo en un día de locura y de paradoja. Pero aquellas relaciones, que eran en él obra del despecho y en ella capricho pasajero, no podían durar, porque, después de todo, aquella mujer no pasaba de ser una loca, que cantaba á la perfección el solfeo de la truhanería; bastante inteligente para conocer la inteligencia de los demás y servirse de ella si se ofrecía el caso, y sin más corazón que el que le dolía, cuando se hartaba con exceso. A más de esto, un amor propio desen-

frenado y una coquetería feroz que la hubiera llevado á preferir que su amante se rompiera una pierna antes que prescindir de un volante en su falda ó de un cintajo en el sombrero. Belleza discutible, criatura ordinaria, naturalmente dotada de todos los malos instintos, y sin embargo, seductora bajo ciertos aspectos y á ciertas horas. No tardó en apercibirse de que Rodolfo la había tomado únicamente para ayudarle á olvidar á la ausente, que ella le hacía desear más y más, pues nunca su antigua amiga le había parecido tan viva y palpitante en su corazón.

Un día, Julieta, la nueva amiga de Rodolfo, hablaba de su amigo el poeta con un estudiante de medicina que la cortejaba; el estudiante le respondió:

—Querida amiga, aquel muchacho se sirve de usted como nosotros del nitrato para cauterizar las llagas, y quiere cauterizar su corazón; así es que hace usted mal en sacrificarse y en serle fiel.

—¡Ja! ¡ja!—exclamó la joven soltando la carcajada—¿se figura usted que esto me detiene?— Y aquella misma noche dió al estudiante una prueba de lo contrario.

Gracias á la indiscreción de uno de esos amigos officiosos que no saben mantener inédita la noticia susceptible de daros una pena, Rodolfo tuvo noticia de la cosa y la tomó por pretexto para romper interinamente con su amiga.

Entonces se encerró en la más completa soledad, en la que no tardaron en hacer el nido todos los murciélagos del fastidio; llamó en ayuda el trabajo, pero fué en vano. Cada noche, después de haber sudado tantas gotas de agua como gotas de tinta había consumido, escribía una veintena de

líneas en las que una idea más vieja y más cansada que el Judío Errante, y mal vestida con los harapos recogidos en las basuras literarias, bailaba pesadamente sobre la cuerda floja de la paradoja. Al releer aquellas líneas, Rodolfo quedábase consternado como un hombre que viera crecer ortigas en la maceta donde creyó sembrar rosas. Entonces rasgaba la cuartilla en la que acababa de ensartar tantas tonterías y la pisoteaba con ira.

—Vamos—decía golpeándose el pecho por encima del corazón,—la cuerda se ha roto, resignémonos.—Y como desde hacía mucho tiempo, todas sus tentativas de trabajo se estrellaban ante idénticos obstáculos, asaltóle uno de esos invencibles descorazonamientos que aterran los más inquebrantables orgullos y embrutecen las más claras inteligencias. En efecto, nada más terrible que aquellas luchas solitarias que se entablaban á veces entre el obstinado artista y el arte rebelde, nada más conmovedor que esos arrebatos en que se alternan, ora suplicantes, ora impetuosas las invocaciones dirigidas á la Musa desdeñosa ó rugitiva.

Las más violentas angustias humanas, las más profundas heridas, hechas en lo vivo del corazón no causan un sufrimiento que se aproxime al que se siente en esas horas de impaciencia y de duda tan frecuentes en cuantos se entregan á los peligrosos oficios de la imaginación.

A aquellas violentas crisis, suceden lamentables abatimientos; Rodolfo permanecía entonces horas enteras petrificado en una inmovilidad de idiota. Con los codos apoyados sobre la mesa, los ojos clavados fijamente en el círculo luminoso que la

luz de su lámpara describía en medio de aquella hoja de papel, «campo de batalla», donde su espíritu quedaba vencido diariamente y donde su pluma se había embotado persiguiendo la idea fugitiva, veía desfilar lentamente, semejantes á figuras de las linternas mágicas con que se divierte á los niños, cuadros fantásticos que iban desenvolviendo ante su vista el panorama de su pasado. Al principio eran los días laboriosos en los que cada hora del cuadrante tocaba el cumplimiento de un deber, las noches estudasas pasadas frente por frente de su musa, que acudía á adornar con sus fantasmagorías su pobreza solitaria y paciente. Y recordaba entonces con envidia la orgullosa satisfacción que le embargaba antiguamente cuando concluía la tarea impuesta por su voluntad. «¡ Oh! »nada hay—exclamaba,—nada os iguala, voluptuosas fatigas del trabajo, que hacéis encontrar tan agradable el colchón del *far niente*. Ni las »satisfacciones del amor propio, ni los febriles »éxtasis escondidos tras las pesadas cortinas de »las misteriosas alcobas, nada hay que iguale esta »alegría honrada y tranquila, este legítimo »contento de sí mismo que el trabajo concede á los »laboriosos como á salario primero.» Y con los ojos siempre fijos en aquellas visiones que seguían representándole las escenas de épocas desaparecidas, subía á todas las buhardillas de los sextos pisos en donde había transcúrrido su existencia azarosa, y donde la Musa, su único amor entonces, fiel y perseverante amiga, le había seguido siempre, acompañándole en su miseria y no interrumpiendo jamás su canto de esperanza. Pero de pronto, en medio de aquella existencia regular y tranquila, apareció la figura de una mujer; y al

verla entrar en aquella casa, donde hasta entonces había reinado como única dueña, la Musa del poeta se alejó tristemente y cedió el sitio á la recién llegada en la que había adivinado una rival. Rodolfo vaciló un instante entre la Musa á quien con la mirada parecía decirle que se quedase, mientras con atractivo gesto decía ven á la desconocida. ¿Y cómo rechazar á la simpática criatura que iba hacia él, armada con todas las seducciones de una belleza en su aurora? Boca diminuta y labios de rosa, que hablaba un lenguaje ingenuo y atrevido, impregnado de calurosas promesas; ¿cómo rehusar la mano á aquella manita blanca de venas azuladas, que le tendía prometiéndole un mundo de caricias? ¿Cómo decir «vete» á aquellos floridos diez y ocho años, cuya presencia embalsamaba la casa con un perfume de juventud y de alegría? Y después, ¿cantaba tan bien, con su voz tiernamente conmovida, la cavatina de la tentación! Con sus ojos vivos y brillantes, decía á maravilla: Yo soy el amor; con sus labios donde florecía el beso: Yo soy el placer; con toda su persona, en fin: Yo soy la dicha. No es extraño que Rodolfo cediera. Y después de todo, aquella mujer ¿no era acaso la poesía viviente y real, no le había debido sus más frescas inspiraciones? ¿no había sido causa á menudo de aquellos entusiasmos que le transportaban á lo alto del éter de la fantasía, hasta perder de vista las cosas de la tierra? Si había sufrido mucho por su culpa, ¿aquellos sufrimientos no eran la expiación de los goces inmensos que ella le había dado? ¿No era acaso la venganza ordinaria del destino humano, que impide la felicidad absoluta como una impedida? Si la ley cristiana perdona á los que han

amado mucho, es porque han sufrido mucho también, y el amor terrestre no se convierte en pasión divina más que con la condición de purificarse por las lágrimas. Así como algunos se embriagan respirando el perfume de las rosas marchitas, Rodolfo también se embriagaba reanimando con sus recuerdos la vida de otros tiempos, en la que cada día le representaba una nueva elegía, un drama terrible, una comedia grotesca. Iba repasando todas las fases de su extraño amor hacia la amada ausente, desde su luna de miel, hasta las tormentas domésticas que habían determinado su definitiva ruptura; y se acordaba del repertorio de todos los engaños de su antigua amante, y repetía todos sus dicharachos. Veíala andar á su alrededor en la reducida casita, tarareando su canción de *Mi amiga Anita*, y acogiendo con la misma indiferente alegría tanto los buenos como los malos días. Y, al fin de cuentas, acababa por confesarse, que la razón en cuestiones de amor, había tenido siempre culpa. En efecto, ¿qué había ganado con aquella ruptura? Cuando vivía con Mimi, ésta le engañaba, es verdad; pero si él lo sabía, era culpa suya al fin y al cabo, pues hacía todo lo posible por averiguarlo, perdiendo el tiempo espíandola y aguzando él mismo los puñales que se clavaba en el corazón. Además, Mimi no tenía muchas veces elocuencia bastante para demostrarle que era él el que se engañaba. Y después, ¿con quién le era infiel? Lo más frecuente era con un chal, con un sombrero, con objetos, no con hombres. La calma, la tranquilidad que esperaba recobrar al separarse de su amante, ¿las había encontrado desde su ausencia? ¡Ay, no! Lo único que faltaba en la casa era ella. Antes, su dolor

podía expansionarse, podía resolverse en injurias, en acusaciones, podía demostrar todo lo que sufría, y excitar la piedad de la que motivaba sus sufrimientos. Y ahora su dolor era solitario, sus celos se habían convertido en delirio; pues antes, podía al menos, cuando tenía sospechas, impedir á Mimi que saliera, retenerla á su lado, poseerla; y ahora, la encontraba en la calle, del brazo de su nuevo amante, y era necesario que volviera la cara para dejarla pasar, seguramente dichosa y encaminándose al placer.

Aquella vida miserable duró tres ó cuatro meses. Poco á poco fué calmándose. Marcelo, que había hecho un largo viaje para distraerse de Musette, regresó á París y se fué á vivir otra vez con Rodolfo. Y consolábanse mutuamente.

Un día, un domingo, al atravesar el Luxemburgo, Rodolfo encontró á Mimi, ricamente ataviada. Se dirigió al baile. Ella le dirigió un signo de cabeza y él respondió saludándola. Aquel encuentro perturbó su corazón, pero su impresión fué menos dolorosa que de costumbre. Paseóse un rato todavía por el jardín del Luxemburgo, y se marchó á su casa. Cuando Marcelo volvió por la noche le encontró trabajando.

—¡Hola!—exclamó Marcelo asomando la cabeza por encima de su hombro,—¿escribes... versos?

—Sí—respondió Rodolfo con alegría.—Creo que la loca de la casa no está muerta del todo. Hace cuatro horas que estoy aquí, porque he vuelto á encontrar la inspiración de mis antiguos tiempos, he vuelto á encontrar á Mimi.

—¿Sí?—dijo Marcelo con inquietud.—¿Y qué habéis hecho?

—No temas—interrumpió Rodolfo,—no hemos

hecho más que saludarnos. No hemos pasado de ahí.

—¿Dices la verdad?—interrogó Marcelo.

—La verdad. Entre nosotros todo está acabado, lo comprendo; pero si logro volver á trabajar, se lo perdono.

—Si todo está acabado como dices—añadió Marcelo que acababa de leer los versos de Rodolfo—¿por qué le escribes versos?

—¡Ay!—replicó el poeta—recojo mi poesía donde la encuentro.

Durante ocho días estuvo trabajando en aquel pequeño poema. Cuando lo hubo terminado, se lo leyó á Marcelo, quien se declaró satisfecho, animando á Rodolfo para que aprovechara en otro sentido la inspiración que acababa de recobrar.

—Porque—observó,—no valía la pena de separarte de Mimi, si habías de continuar viviendo á su sombra. Después de todo—añadió sonriendo,—en lugar de predicar á los demás, obraría mejor predicándome á mi mismo, pues tengo el corazón lleno todavía de Musette. ¡Quién sabe si habremos puesto fin á nuestras endiabladas locuras!

—¡Ay!—exclamó Rodolfo,—no es cosa de decir á la juventud: Vete.

—Tienes razón—dijo Marcelo,—pero hay días en que me gustaría ser un honrado anciano, miembro del Instituto, condecorado con varias órdenes, y curado de las Musettes de este mundo. ¡El diablo me lleve, si volviera otra vez! Y á ti—añadió riendo el artista,—¿te gustaría tener sesenta años?

—Hoy—contestó Rodolfo,—preferiría tener sesenta francos.

Pocos días después, la señorita Mimi y el viz-

conde Pablo entraron en un café; y abriendo una *Revista*, aquella se encontró con los versos ya impresos que Rodolfo había escrito para ella.

—¡Hola! — exclamó riendo súbitamente, — mi amante Rodolfo vuelve á hablar mal de mi en los periódicos.

Pero cuando acabó de leer la poesía, permaneció silenciosa y abstraída. El vizconde Pablo, adivinando que pensaba en Rodolfo, trató de distraerla.

—Te compraré unos pendientes—le dijo.

—¡Ya!...—respondió Mimi,—¡cuando no falta dinero!

—Y un sombrero de paja de Italia—prosiguió el vizconde Pablo.

—No—contestó Mimi,—si quieres darme gusto, cómprame esto.

Y le mostraba el cuaderno en el que acababa de leer la poesía de Rodolfo.

—¡Ah! esto no—exclamó el vizconde mortificado.

—Está bien—respondió friamente Mimi.—Lo compraré yo, con dinero que ganaré yo misma. Sí, prefiero que no sea con el tuyo.

Y durante dos días, Mimi volvió á su antiguo taller de florista, donde ganó con que comprar el cuaderno. Se aprendió de memoria la poesía de Rodolfo; y para hacer rabiar al vizconde Pablo, la iba repitiendo todo el día á sus amigos. Aquí van los versos:

Buscaba una mujer y en mi camino errante
El azar te lanzaba con ironía cruel;
Yo puse entre tus manos mi corazón amante,
Diciéndote: Alma mía, haz lo que quieras de él.

Más ¡ay! querida amiga dura conmigo fuiste,
Mi juventud rasgaste con torpe mano airada:
Como si vidrio fuera mi corazón rompiste,
Y en cementerio convertiste
El cuarto aquel, donde enterrada
Queda la fe que destruiste.

Ya todo entre nosotros, mi i ella, se ha acabado,
Yo soy sólo un espectro, tú sólo una visión,
Y sobre el amor nuestro, difunto y enterrado
Cantaremos, si quieres, la última oración.

Más como nuestras voces no están hoy muy seguras
Cantemos en un tono mediano y natural;
Busquemos un menor grave y sin florituras;
Tú cantarás de tiple, yo de bajo central.

Mi, re, mi, do, re, la.—¡Deja esta melodía
Que en tiempos más felices te oí alegre cantar!
Porque mi corazón ya muerto, amada mía,
Con este *De profundis* puede resucitar.

Do, mi, fa, sol, si, do.—¡Horrible descónsuelo!
Esta un wals me recuerda que es causá de mi mal;
El flautín se burlaba del triste violóncelo
Cuyas cuerdas gemían con notas de cristal.

Sol, do, do, si, si, la.—No sigas, te lo ruego,
Pues la cantamos juntos en próxima ocasión
Con ciertos alemañes que abandonamos luego
De noche, entre los bosques cercanos á Meudón.

Dejemos, pues, el canto; ahoguemos los latidos,
Y para que podamos olvidarlos mejor
Echemos sobre nuestros amores extinguidos
Un último recuerdo sin odio y sin rencor.

¡Oh cuán felices éramos en tu cuarto hechicero
Cuando el cierzo y la lluvia nos sñtiaban allí!
Como me deleitaba en las noches de enero,
Al amor de la llama soñar despierto en ti.

La leña chíspeaba y al calor de la lumbre
Olíase el puchero dulcemente cantar
Y á su compás danzaba revuelta muchedumbre
De alegres salamandras encima del hogar.

Un libro tú hojeabas friolenta y perezosa,
Cerrábanse tus ojos bajo un blando sopor;
Yo oprimía en mis labios tu mano temblorosa
Y á tus plantas rendía mi juvenil ardor.

Así los que venían, al penetrar apenas
Sentían un perfume de dicha y de bondad,
Perfume que inundaba la casa á manos llenas
Porque la dicha amaba nuestra hospitalidad.

Huyó luego el invierno; por la abierta ventana
Llamó la primavera con temprano arrebol,
Y entrambos aquel día salimos de mañana
Para gozar del campo bajo el ardiente sol.

Caía en Viernes Santo; la térvida natura
Mostraba de sus galas el verde despuntar;
Y con ligero paso, del bosque á la llanura,
Del valle á la colina, corríamos sin cesar.

Al fin ya fatigados de nuestra correría
En un lugar mullido por el césped feraz
Desde donde un extenso paisaje se veía
Nos sentamos buscando refrigerio y solaz.

Tus manos en mis manos, tu aliento con mi aliento,
Unidos nuestros cuerpos que la pasión juntó,
Se abrieron nuestras bocas sin proferir acento
Y un ardoroso beso nuestros labios selló.

Jacintos y violetas, por entre los abrojos,
el aire perfumaban en agradable unión,
Y vímos en el cielo, al levantar los ojos,
Que Dios nos sonreía desde su azul balcón.

Amaos, nos decía; para haceros más bueno
Vuestro largo camino, he mandado extender
Esta mullida alfombra de césped y de heno;
Besaos todavía,—que yo no os he de ver.

Amaos siempre: es vuestra la brisa que murmura,
Estas límpidas aguas, estos bosques floridos,
El astro rey, las flores, la canción de los nidós...
Para vosotros sólo renace la natura.

Amaos, y si os gusta la nueva primavera
Y el sol que os ilumina con áurea esplendidez
Dejaos de plegarias, que la virtud sincera
Consiste en amar siempre.—Besaos otra vez.

Transcurrió un mes; las rosas apenas florecían
En el jardín modesto que nuestro amor plantó;
Y cuando más mis ojos en ti se embebecían
Sin razón aparente tu amor me abandonó.

¿A dónde se fué? A todas partes, pues, en conciencia
Haciendo que triunfen uno y otro color
Tu amorosa inconstancia flota sin preferencia
De un amante moreno á otro rubio mejor.

Por fin eres feliz; tu caprichosa estrella
Reina sobre una corte galante y juvenil;
No puedes dar un paso sin imprimir tu huella
En alfombra de flores de perfume sutil.

Cuando entras en los bailes radiante de hermosura
En torneo tuyo se abre un círculo de amor
Y el roce de la seda, que vistes con soltura,
Un coro de alabanzas levanta en derredor.

Calzando la pequeña y elegante botina
Que aun á la Cenicienta causara desazón,
Tu pie es tan diminuto que apenas se adivina
Cuando en su torbellino te lleva el cotillón.

En los baños grasientos de aceite de pereza
Tus morenitas manos han llegado á tomar
Del marfil la blancura, del lirio la belleza
Que el astro de la noche descende á acariciar.

En torno de tu brazo un brazaletes gira
De perlas engarzado, de artístico valor,
Y desde tus espaldas un chal de Cachemira
en cascada de pliegues se viene á resolver.

El punto de Inglaterra, las blondas de Bruselas,
Los góticos guipures de pálido blancor,
Joyas inimitables de históricas escuelas
Completan de tus trajes el mágico esplendor.

Yo en cambio odio esas galas: mejor te considero
Con trajes de indiana ó modesto organdí
Con adornos sencillos, sin velo en el sombrero,
El cuello almidonado y el simple borcegui.

Porque este nuevo lujo que tanto á ti te agrada
En nada me recuerda mi venturoso amor;
Y me pareces muerta, mejor dicho, enterrada
Envuelta en tu sudario de seda y similar.

En tanto que escribía el canto funerario
Que es un recuerdo póstumo de mi felicidad
Vestía traje negro cual perfecto notario
Menos las gafas de oro ni su formalidad.

Envuelto en una gasa el mango de mi pluma,
Con el papel de luto, como el que siento en mí,
Febri! iba escribiendo los versos con que exhumo
Mi acongojado espíritu la dicha que perdí.

Y al fin de este poema, que es como el hondo abismo
En donde hundir pretendo mi pobre corazón
Como un sepulturero que se entierre á sí mismo,
Solté una carcajada, perdida la razón.

Mas esa carcajada estúpida é inconsciente
Hizo temblar mi pluma en el instante aquel,
Y mientras me reía, cual rociada ardiente
Mi llanto iba borrando lo escrito en el papel.

II

Era el 24 de diciembre, y aquella noche el barrio Latino tenía una fisonomía particular. Desde las cuatro de la tarde en los oficinas del Monte de Piedad, las prenderías y los libreros de lance pululaba una rumorosa muchedumbre que por la noche tomó por asalto las tocinerías, los despachos de carnes asadas y las tiendas de ultramarinos. Aunque los dependientes hubiesen tenido cien brazos como Briareo, no hubieran podido des-

pachar á sus clientes, que se arrancaban las provisiones de las manos. En las tahonas se formaba cola como en los días de escasez. Los taberneros despachaban el vino de tres vendimias, y un hábil estadista se hubiera visto apurado para contar la cifra de jamones y salchichones que se vendieron en casa del célebre Borel de la calle de la Delfina. En aquella sola noche, el tío Cretaine, apodado *el Panecillo*, despachó diez y ocho ediciones de sus pasteles con manteca. Durante la noche entera, escapábanse ruidosos clamores de todas las casas amuebladas cuyas ventanas resplandecían, y una atmósfera de fiesta llenaba todo el barrio.

Celebrábase el clásico y solemne banquete de Noche Buena.

Aquella noche, sobre las diez, Marcelo y Rodolfo se volvían á casa tristemente. Al remontar la calle de la Delfina, observaron una gran afluencia en una de las tiendas de comestibles, y detuviéronse un momento en la acera, atraídos por el espectáculo de aquellas apetitosas producciones gastronómicas; los dos bohemios semejabán, en su contemplación, á aquel personaje de una novela española, que hacía adelgazar los jamones con sólo mirarlos.

—Esto es un pavo trufado—decía Marcelo indicando un magnífico volátil que ponía en evidencia á través de su epidermis sonrosada y transparente, los tubérculos de Perigord de que estaba relleno.—He visto á personas impías comiendo de esto sin arrodillarse,—añadió el pintor lanzando sobre el pavo unas miradas capaces de asarlo.

—¿Y qué me dices de este muslo de carnero?—añadió Rodolfo.—Qué hermoso color tiene, parece

acabado de arrancar de aquella tienda de comestibles que se ve en un cuadro de Jordaens. Este muslo es el manjar favorito de los dioses, y de la señora Chandelier, mi madrina.

—Observa esos pescados—prosiguió Marcelo enseñándole unas truchas,—son los más hábiles nadadores de la raza acuática. Estos animalitos, que se presentan sin pretensiones, podrían ganar sumas enormes haciendo habilidades; figúrate que remontan la corriente de una cascada con más facilidad que nosotros aceptaríamos una cena ó dos. Una vez estuve á punto de comerlas.

—Y allá abajo, aquellas grandes frutas doradas en forma de cono, cuyas hojas parecen una panoplia de sables salvajes, llámanse ananas y son las piñas de los trópicos.

—Lo mismo me da—respondió Marcelo,—en cuestión de frutas prefiero este filete de vaca, este jamón ó este otro más pequeño acorazado con una jelatina transparente como el ámbar.

—Tienes razón—añadió Rodolfo;—el jamón es el amigo del hombre, cuando hay. Sin embargo, no rehusaría este faisán.

—Ya lo creo, es el plato de las testas coronadas.

Y como al proseguir su camino, se encontraran con multitud de alegres comitivas que se dirigían á sus casas para festejar á Momo, Baco, Como y demás divinidades gastronómicas, se preguntaron qué señor Camacho celebraba sus bodas con tan grandiosa profusión de vituallas.

Marcelo fué el primero en recordar la fecha de aquel día.

—Es que hoy es Noche Buena—dijo.

—¿Te acuerdas de lo que hicimos el año pasado?—preguntó Rodolfo.

—Sí—respondió Marcelo,—en el café de Momo. Barbemuche fué el pagano. Jamás hubiera imaginado que una mujer tan delicada como Eufemia pudiera engullir tanto salchichón.

—¡Qué lástima que Momo nos haya prohibido la entrada!—dijo Rodolfo.

—¡Ay!—exclamó Marcelo,—las festividades se siguen y no se parecen.

—¿No piensas celebrar la Noche Buena?—preguntó Rodolfo.

—¿Con quién y con qué?—replicó el pintor.

—Pues, conmigo.

—¿Y el oro?

—Espera un momento—dijo Rodolfo,—voy á entrar en este café donde conozco á algunas personas que juegan fuerte. Pediré algunos sextercios á un favorito de la fortuna, y traeré con qué remojar una sardina ó una mano de cerdo.

—Ve pronto—exclamó Marcelo,—¡tengo un hambre *canina!* Te espero allí.

Rodolfo subió al café, donde tenía algunos conocidos. Un caballero que acababa de ganar trescientos francos en diez vueltas de monte, mostróse muy complacido de poder prestar al poeta una pieza de dos francos, que le ofreció envuelta con aquella especie de mal humor que da la fiebre del juego. En otro momento y fuera del tapete verde, tal vez hubiera prestado cuarenta francos.

—¿Qué tal?—preguntó Marcelo á Rodolfo que volvía.

—Aquí traigo la colecta—dijo el poeta mostrando el dinero.

—Un bocado y un trago—observó Marcelo. Con aquella módica suma, pudieron, sin em-

bargo, procurarse pan, vino, salchichón, tabaco, luz y leña.

Volviéronse á su casa, donde vivían en dos cuartos separados. Como el de Marcelo, que le servía de taller, era el más grande, escogieronlo para el banquete, y ambos amigos hicieron de común acuerdo los preparativos de su festín de Baltasar íntimo.

Pero al sentarse á la modesta mesa, al lado de la chimenea, en la que una leña mala y humedecida por el transporte fluvial se consumía sin llama y sin calor, sentóse con ellos, triste comensal, el fantasma del lejano pasado.

Durante una hora por lo menos, permanecieron silenciosos y pensativos, preocupados ambos sin duda por la misma idea que se esforzaban en disimular. Marcelo fué el primero en romper el silencio.

—Oye—dijo á Rodolfo,—no es esto lo que nos habíamos propuesto.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Rodolfo.

—¡Eh! ¡qué diablo! ¿vas á hacerte el tonto conmigo? Estás pensando en olvidar y yo también ¡vive Dios!... no lo niego.

—Pues bien, así...

—Pues bien, es necesario que sea la última vez. ¡Al diablo los recuerdos que nos amargan el vino y nos ponen tristes cuando todo el mundo se divierte!—exclamó Marcelo aludiendo á los alegres gritos que se escapaban de los cuartos inmediatos al suyo. Ea, pensemos en otra cosa, y que no vuelva á suceder.

—Siempre lo decimos y no obstante...—profririó Rodolfo volviéndose á ensimismar.

—Siempre volvemos á las andadas—prosiguió

Marcelo.—Esto proviene de que, en lugar de buscar francamente el olvido, tomamos pie de los más fútiles pretextos para reanimar nuestros recuerdos; esto proviene sobre todo de que nos obstinamos en vivir en el mismo ambiente en que vivieron las criaturas que por tanto tiempo nos atormentaron. Somos más esclavos de la costumbre que de la pasión. Y hay que romper este cautiverio en el que agotaremos nuestras fuerzas en una ridícula y vergonzosa esclavitud. Pues bien, el pasado, pasado, hay que romper los lazos que aun nos unen á él; ha llegado la hora de avanzar sin mirar atrás; se acabó ya la juventud, la despreocupación y la paradoja. Todo esto es muy bonito, da materia para escribir una bonita novela; pero esta comedia de locuras amorosas, este derroche de días perdidos con la prodigalidad de personas que creen poder gastar una eternidad, todo esto debe acabar. Bajo pena de justificar el desprecio con que nos mirarían, y de despreciarnos á nosotros mismos, no nos es posible seguir viviendo por más tiempo al margen de la sociedad, casi al margen de la vida. Porque seamos justos ¿puede llamarse existencia la que llevamos? ¿Y esta independencia, esta libertad de costumbres de que tan alto nos alabamos, no constituyen ventajas muy insignificantes? La verdadera libertad, consiste en poder prescindir de los demás y en valerse á sí mismo; ¿lo hacemos nosotros? ¡No! El primer pícaro que se nos presenta, cuyo nombre no quisiéramos llevar ni cinco minutos, se venga de nuestras burlas y se convierte en nuestro dueño desde el momento que nos presta cinco francos, después de habernos hecho gastar por valor de cien escudos de engaños y de humilla-

ciones. Por mi parte, estoy harto. La poesía no existe únicamente en el desorden de la existencia, en las dichas improvisadas, en los amores que duran lo que una vela esteárica, en las rebeliones más ó menos excéntricas contra los principios que serán eternamente los soberanos del mundo: se derriba más fácilmente una dinastía que una costumbre, aunque sea ridícula. No basta ponerse un gabán de verano en el mes de diciembre para tener talento; se puede ser un poeta ó un verdadero artista llevando los pies calientes y comiendo tres veces al día. Por más que se diga y se haga, si se quiere llegar á ser algo, hay que tomar siempre el camino del sentido común. Te sorprendes quizás este discurso, amigo Rodolfo, vas á decir que derribo mis ídolos, me llamarás corrompido, y sin embargo, te aseguro que es la expresión de mi sincera voluntad. Sin yo apercibirme, se ha operado en mi una lenta y saludable metamorfosis: ha entrado la razón en mi espíritu, con fractura, si quieres, y tal vez á pesar mio; pero el caso es que ha entrado, probándome que me había internado por mal sendero, y que de perseverar en él me exponía al ridículo y á la desgracia. En efecto, ¿qué sucederá si continuamos esta monótona é inútil vida vagabunda? Llegaremos al borde de nuestros treinta años, desconocidos, aislados, cansados de todo y de nosotros mismos, envidiando á los que veamos llegar á la meta, sea la que quiera, obligados para vivir á recurrir á los vergonzosos medios del parasitismo, y esto no es ciertamente que yo evoque este cuadro fantástico para asustarte. Yo no veo el porvenir sistemáticamente negro, pero tampoco lo veo de color de rosa; veo lo justo. Hasta la

hora presente, la existencia que llevábamos nos estaba impuesta; teníamos la excusa de la necesidad. Hoy nada podría excusarnos; y si no volvemos á entrar en la vida común, será porque no queremos, pues han desaparecido los obstáculos contra los cuales hemos debido luchar constantemente.

—¡Diantre!—exclamó Rodolfo ¿á dónde quieres ir á parar? ¿A qué viene este sermón?

—Tú me comprendes perfectamente—respondió Marcelo con la misma gravedad;—hace un momento te he visto asaltado, como yo, por los recuerdos que te hacían desear el tiempo pasado: tú pensabas en Mimi, como yo pensaba en Musette; tú hubieras querido, igual que yo, tener á tu amante al lado. Pues bien, yo digo que no debemos, ni uno ni otro pensar en aquellas criaturas; que no hemos venido al mundo únicamente para sacrificar nuestra existencia á esas Manon vulgares, y que el caballero Desgricux, que es tan bello, tan verdadero y tan poético, no se salva del ridículo más que por su juventud y por las ilusiones que supo conservar. A los veinte años, puede seguir á su amante á las islas sin dejar de ser interesante; pero á los veinticinco años hubiera puesto á Manon á la puerta, y lo hubiera hecho con razón. Desengañémonos, somos ya viejos ¿sabes, amigo? hemos vivido mucho y muy aprisa; nuestro corazón está cascado y sólo produce sonidos desentonados; no se pasan impunemente tres años amando á una Musette ó á una Mimi. Por mí, todo se ha acabado; y como deseo divorciarme completamente de su recuerdo, voy desde luego á echar al fuego algunos objetos que ha ido dejando en mi casa durante sus varias estancias,

y que me obligan á pensar en ella cuando me vienen á la mano.

Y Marcelo, que se había levantado, fué á tomar en el cajón de la cómoda una cajita de cartón, dentro de la cual guardaba los recuerdos de Musette, un ramilletito marchitado, un cinturón, un lazo y algunas cartas.

—Vamos—dijo al poeta,—imitame, Rodolfo.

—¡Pues bien, sea!—exclamó éste haciendo un esfuerzo,—tienes razón. Yo también quiero romper definitivamente con aquella muchacha de las manos blancas.

Y levantándose bruscamente, fué á buscar un paquetito que contenía los recuerdos de Mimí, poco más ó menos del mismo género que los que Marcelo estaba inventariando en silencio.

—Nos vendrá bien—murmuró el pintor.—Estas *fruslerias* nos servirán para avivar el fuego que se extingue.

—Es verdad—añadió Rodolfo;—aquí hay una temperatura capaz de hacer venir osos blancos.

—Vamos—dijo Marcelo,—echemos á dúo. Mira allá va la prosa de Musette que arde como un ponche; ¡cómo le gustaba el ponche! ¡Atención, Rodolfo, ahora tú!

Y durante algunos minutos fueron echando alternativamente en la chimenea, que ardía con ímpetu y claridad, el relicario de su pasado amor.

—Pobre Musette—decía en voz baja Marcelo, contemplando el último objeto que tenía en la mano.

Era un ramillete marchito, compuesto de flores campestres.

—Pobre Musette, y era hermosa por cierto, y me amaba, ¿no es verdad, ramito, que su corazón

te lo dijo el día en que tus flores estaban prendidas en su cintura? Pobre ramilletito, parece que me pides compasión; pues bien, sí, pero con una condición; que nunca más me hablarás de ella, ¡nunca más! ¡nunca más!

Y aprovechando un momento en que creyó no ser visto de Rodolfo, se metió el ramo en el seno.

—No puedo, es superior á mis fuerzas. Esto es trampa—pensó el pintor.

Y lanzando una furtiva mirada á Rodolfo, vio que el poeta, al llegar al final de su auto de fe, escondía cuidadosamente en el bolsillo, después de haberla besado con ternura, la gorra de dormir que fué de Mimí.

—Vamos—murmuró,—es tan cobarde como yo.

En el mismo instante que Rodolfo se iba á marchar á su cuarto para acostarse, sonaron golpecitos en la puerta de Marcelo.

—¿Quién diablos puede venir á estas horas?—dijo el pintor mientras iba á abrir.

Pero apenas hubo abierto la puerta no pudo contener un grito de sorpresa.

Era Mimí.

Como el cuarto estaba bastante oscuro, Rodolfo no reconoció de pronto á su amada; distinguió solamente á una mujer, y pensó que era una de las conquistas de paso de su amigo, así es que por discreción iba á retirarse.

—¿Estorbo?—dijo Mimí, que se había quedado en el umbral de la puerta.

Al oír aquella voz, Rodolfo se dejó caer en una silla como fulminado.

—Buenas noches,—le dijo Mimí aproximándose á él y estrechándole la mano, que él se dejó tomar maquinalmente,

—¿Quién demonios la ha traído aquí—le preguntó Marcelo,—á estas horas?

—Tengo mucho frío—replicó Mimi temblando;—he visto luz en su casa mientras pasaba por la calle, y aunque es muy tarde, he subido.

Y seguía temblando; su voz tenía sonoridades cristalinas que penetraban en el corazón de Rodolfo como un hielo mortal y le llenaban de lúgubre espanto; miróla algo más atentamente, con disimulación. No era Mimi, era su espectro.

Marcelo la hizo sentar al lado de la chimenea.

Mimi sonrió al ver las brillantes llamaradas que danzaban en el hogar.

—Qué bien se está—dijo aproximando á la lumbré sus pobres manos violáceas.—A propósito, señor Marcelo, ¿no sabe usted por qué he venido á su casa?

—No, por mi vida—respondió.

—Pues bien—prosiguió Mimi;—venía únicamente á preguntarle si me podría hacer tomar un cuarto en esta casa. Acaban de despedirme de mi cuarto amueblado, porque debo dos quincenas, y no sé á dónde ir.

—¡Diablo!—exclamó Marcelo meneando la cabeza.—Precisamente no estamos en buen olor con el casero, y nuestra recomendación sería pernicioso, pobre hija mía.

—¿Qué hacer, entonces?—dijo Mimi.—Es que no sé dónde ir.

—¿Y esto?—preguntó Marcelo.—¿Ya no es usted vizcondesa?

—¡Ay, Dios mío! No, ya no.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace dos meses.

—¿Le habrá hecho alguna jugarreta al vizconde?

—No—dijo ella echando con disimulo una ojeada á Rodolfo, que se había puesto en el rincón más obscuro del cuarto;—el vizconde cuestionó conmigo, á causa de ciertos versos que escribieron para mí. Tuvimos una violenta disputa y le mandé á paseo; ¡valiente miserable!

—Sin embargo—dijo Marcelo,—la puso á usted de veinte alfileres, según pude ver el día que nos encontramos.

—¡Pues bien!—prosiguió Mimi.—Figúrese usted que el día que me marché se me quedó con todo, y supe después que había rifado mis objetos en una mala fonda donde me llevaba á comer. No obstante, aquel muchacho es rico, pero con toda su fortuna es avaro como un tronco, y estúpido como una oca; no quería que bebiese vino puro y me hacía comer de vigilia los viernes. ¿Creerá usted que quería que me pusiese medias de lana negras, á pretexto de que se ensucian menos que las blancas? Nadie podría figurarse lo que es; en fin, me cargaba horriblemente. Puedo decir que he pasado con él mi purgatorio.

—¿Y está enterado de la situación de usted?—preguntó Marcelo.

—No le he vuelto á ver ni quiero verle—replicó Mimi.—¡Siempre que me acuerdo me da náuseas! Preferiría morirme de hambre, antes que pedirle un céntimo.

—Pero — prosiguió Marcelo, — desde que le plantó usted, no habrá permanecido sola.

—¡Sí!—afirmó Mimi con viveza.—Le aseguro que sí, señor Marcelo: he trabajado para vivir; únicamente que, como el oficio de florista no va

muy bien, he tomado otro: hago de modelo para los pintores. Si usted me puede ocupar...—añadió alegremente.

Y observando que Rodolfo, de quien no separaba los ojos mientras hablaba á su amigo, hacía un movimiento, añadió:

—¡ Ah! Pero sirvo tan sólo para las manos y la cabeza. Tengo mucho trabajo y ya hay dos ó tres artistas que me deben dinero; y como cobraré dentro dos días, hasta entonces necesito tomar alojamiento. Cuando tenga dinero volveré á mi cuarto amueblado. ¡ Toma!—dijo viendo la mesa, donde se hallaban todavía los preparativos del modesto festín que apenas habían probado ambos amigos.—¿ Iban á cenar?

—No—dijo Marcelo,—no tenemos apetito.

—¡ Qué felices son!—dijo ingenuamente Mimi.

Al oír aquellas palabras, Rodolfo sintió oprimirse horriblemente el corazón, é hizo un signo á Marcelo que comprendió en seguida.

—Bueno—dijo el artista,—puesto que está aquí, participará usted de nuestro banquete. Nos habíamos propuesto celebrar la Noche Buena con Rodolfo, y después... ¡ por mi vida, que hemos pensado en muy otra cosa!

—Entonces, llego á tiempo—dijo Mimi, echando sobre la mesa donde había las provisiones una mirada casi hambrienta.—No he comido, amigo,—deslizó bajito al oído del artista de manera que no lo pudiera oír Rodolfo, quien mordía su pañuelo para no romper en sollozos.

—Acércate Rodolfo—dijo Marcelo á su amigo,—cenaremos los tres.

—No — dijo el poeta permaneciendo en su rincón.

—¿ Le molesta á usted mi venida, Rodolfo?—le preguntó Mimi con dulzura;—¿ á dónde debía ir?

—No, Mimi—respondió Rodolfo,—siento únicamente verla en este estado.

—Yo tengo la culpa, Rodolfo, y no me quejo; lo pasado, pasado; olvide usted como yo. ¿ No puede acaso ser amigo mío, porque ha sido otra cosa? Vaya que sí ¿ no es verdad? Pues bien, entonces no me ponga usted mala cara, y venga á sentarse á la mesa con nosotros.

Y se levantó para ir á traerle de la mano, pero estaba tan débil que no pudo dar un paso y se cayó en la silla.

—El calor me ha mareado—dijo,—y no puedo tenerme en pie.

—Vamos—dijo Marcelo á Rodolfo,—ven á hacernos compañía.

El poeta se aproximó á la mesa y se puso á comer con ellos. Mimi estaba muy contenta.

Cuando la frugal cena hubo terminado, Marcelo dijo á Mimi:

—Hija mía, no nos es posible hacer que le alquilen un cuarto en la casa.

—Así es que debo marcharme—dijo ella tratando de levantarse.

—¡ No, no!—exclamó Marcelo,—tengo otro medio de arreglar la cosa; usted se quedará en mi cuarto, y yo me iré al de Rodolfo.

—Esto les causará molestia—observó Mimi,—pero no durará mucho, dos días nada más.

—Lo que es así, no nos molesta para nada—respondió Marcelo;—de modo que quedamos entendidos; usted está en su casa, y nosotros dormiremos en la de Rodolfo. ¡ Buenas noches, Mimi! Duerma bien.

—Gracias—dijo ella tendiendo la mano á Marcelo y Rodolfo que se marchaban.

—¿Quiere usted encerrarse?—le preguntó Marcelo al llegar cerca de la puerta.

—¿Por qué?—repuso Mimí mirando á Rodolfo—¡no tengo miedo!

Cuando los dos amigos se hallaron solos en el cuarto inmediato, en el mismo rellano, Marcelo dijo bruscamente á Rodolfo:

—¡Y bien! ¿Qué vas á hacer ahora?

—¿Yo?...—baluceó Rodolfo,—¿yo que sé?

—Vamos, no te pares en tiquis miquis, ¡ve á reunirte á Mimí! Si vuelves á su lado, te anuncio que mañana volveréis á vivir juntos.

—Si fuese Musette la que hubiera venido ¿qué harías tú?—preguntó Rodolfo á su amigo.

—¿Si fuese Musette la que está en el cuarto de al lado?—respondió Marcelo,—pues bien, francamente, haría un cuarto de hora que no estaría en éste.

—Pues bien, yo—dijo Rodolfo,—seré más valiente que tú: me quedo.

—Ya lo veremos ¡pardiez!—dijo Marcelo que ya se había metido en la cama.—¿Te vas á acostar?

—Sin duda—respondió Rodolfo.

Pero durante la noche se despertó Marcelo y notó que Rodolfo se había marchado.

Por la mañana fué á llamar discretamente á la puerta del cuarto donde estaba Mimí.

—Entre usted—dijo ella; y al verle le hizo signo de hablar bajo para no despertar á Rodolfo que dormía. Estaba sentado en un sillón que había acereado á la cama, y descansaba la cabeza en la almohada en contacto con la de Mimí.

—¿Así han pasado ustedes la noche?—preguntó Marcelo sorprendido.

—Sí—respondió la joven.

Rodolfo se despertó de pronto, y después de haber besado á Mimí, tendió la mano á Marcelo que parecía muy inquieto.

—Voy á buscar dinero para almorzar—dijo al pintor, y entre tanto harás compañía á Mimí.

—¿Qué tal?—preguntó Marcelo á la joven cuando se hallaron solos.—¿Qué ha sucedido esta noche?

—Cosas muy tristes—dijo Mimí.—Rodolfo me ama aún.

—Ya lo sé.

—Sí, usted quiso que me olvidara; pero no estoy resentida, Marcelo, porque usted tenía razón, le he hecho mucho daño á ese pobre muchacho.

—Y usted—preguntó Marcelo,—¿le ama todavía?

—¡Ah! sí, le amo—dijo uniendo las manos,—este ha sido mi tormento. ¡Cuánto he cambiado, amigo mío! ¡Y en poco tiempo!

—Pues bien, puesto que se aman y que no pueden pasar el uno sin el otro, reúnanse de una vez y hagan que sea la definitiva.

—Es imposible—dijo Mimí.

—¿Por qué?—preguntó Marcelo.—No hay duda que sería más razonable que se separaran; pero para no verse más, sería indispensable que estuvieran á mil leguas uno de otro.

—Antes de poco, estaré aún más lejos.

—¡Cómo! ¿qué quiere usted decir?

—No se lo diga usted á Rodolfo, porque esto le causaría una gran pena; me marcho para siempre.

—Pero ¿á dónde?

—Pobre Marcelo, mire usted—dijo Mimí sollo-

zando. Y levantando un poco las sábanas, le enseñó sus hombros, su cuello y sus brazos.

—¡ Ah, Dios mío! — exclamó dolorosamente Marcelo— ¡ Pobre muchacha!

—¿ No es verdad, amigo, que no me engaño y que voy á morir pronto?

—Pero ¿ cómo se ha puesto así en tan poco tiempo?

—¡ Ah! — contestó Mimí, — con la vida que llevo hace dos meses, nada tiene de extraño: todas las noches llorando, de día haciendo de modelo en los talleres sin lumbré, mala alimentación, la pena que no me dejaba; y después, no lo sabe usted todo aun: quise envenenarme con ácido clorhídrico; pero me salvaron, aunque por poco tiempo, como ve usted. Además yo no he tenido nunca una salud muy robusta; en fin, la culpa es mía: si hubiese permanecido tranquila al lado de Rodolfo, no me encontraría así. Pobre amigo mío, pensar que vuelvo á caer entre sus brazos... Pero no será por mucho tiempo, el último traje que me regalará será enteramente blanco, mi pobre Marcelo, y me enterrarán con él. ¡ Ah! ¡ si usted supiera lo que sufro porque sé que voy á morir! Rodolfo sabe que estoy enferma; esta noche se ha quedado una hora sin poder hablar al ver mis brazos y mis hombros tan demacrados; ¡ ay! ¡ no sabía reconocer á su Mimí!... Tampoco me reconoce mi espejo. ¡ Ah! lo mismo da, he sido bonita y me ha amado mucho. ¡ Ay, Dios mío! — exclamó hundiendo su rostro entre las manos de Marcelo, — mi pobre amigo, yo le voy á robar también á Rodolfo. ¡ Ay, Dios mío! — Y los sollozos ahogaron su voz.

—Vamos, Mimí — dijo Marcelo, — no se descon-

suele así, ya curará usted; no necesitamos más que muchos cuidados y tranquilidad.

—¡ Ah! no — observó Mimí, — se acabó todo, lo presiento. He perdido completamente las fuerzas; cuando vine ayer noche, empleé más de una hora en subir la escalera. Si hubiese encontrado una mujer, yo hubiera salido por la ventana. No obstante estaba libre, aunque no vivíamos juntos; pero, crea usted, Marcelo, que yo estaba bien segura de que él me amaba todavía. Por esto — dijo deshaciéndose en llanto, — por esto no quisiera morir tan pronto: pero no hay esperanza. ¡ Ah! Dios no es justo puesto que no me da tiempo de hacer olvidar á Rodolfo el pesar que le he causado. Se ha dado cuenta del estado en que estoy. No he querido que se acostara á mi lado, porque me parece que tengo ya los gusanos alrededor de mi cuerpo. Hemos pasado la noche llorando y hablando de nuestro pasado. ¡ Ah! ¡ qué triste es, amigo mío, ver lejos de nosotros la dicha á cuyo lado hemos pasado tantos días sin verla! Siento un fuego dentro del pecho; y cuando muevo mis miembros, me parece que van á quebrarse. Oiga — dijo á Marcelo, — tráigame la falda. Voy á echar las cartas para saber si Rodolfo traerá dinero. ¡ Quisiera hacer un buen almuerzo con ustedes! como en otro tiempo; esto no me haría daño; Dios ya no puede ponerme más enferma de lo que estoy. Ve usted — dijo á Marcelo enseñándole la baraja que acababa de mezclar, — salen espadas. Es el palo de la muerte. Ahora salen copas, — añadió con alegría. — Sí, tendremos dinero.

Marcelo no sabía qué decir ante el lúcido delirio de aquella criatura que tenía, como había dicho